



H I S T O R I A
 VERDADERA, Y EXEMPLAR
DEL SANTO GODO ESPAÑOL,
 Y GLORIOSO MARTIR DE JESU-CHRISTO,
S. HERMENEGILDO,
REY DE ESPAÑA.

SACADA DE VARIOS AUTORES,
 pero en especial de su sagrado Cronista San Gre-
 gorio el Magno.

SU AUTOR D. HILARIO SANTOS ALONSO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Valencia en la Imprenta de Agustin Laborda, vive en la
 Bolseria, en donde se hallarán otras diferentes.





HISTORIA

VERDADERA, Y EXEMPLAR

DEL SANTO GODO ESPAÑOL,

Y GLORIOSO MARTIR DE JESU-CHRISTO,

S. HERMENEGILDO,

REY DE ESPAÑA.

SACADA DE VARIOS AUTORES,

Todo en especial de su sagrado Cronista Don Godefrido el Magno.

SU AUTOR DON FRANCISCO XAVIER MORALES,

CON LAS LICENCIAS DE LOS SEÑORES

En Valencia con la licencia de su Magestad, y en la
Bastida; en donde se hallan otras distantes.

R: 18.404

RESUMEN DE LA HISTORIA.

PROSAPIA DE SAN HERMENEGILDO, y de su esposa Indegunda, con sus amables gracias. Entra en zelos Goicinta de lo mucho que se aman los dos consortes. Hacela cargo Hermenegildo, y motivos que dá esta malvada. Pretende bautizar á lo Arriano á Indegunda, y como la deshecha la Católica Princesa. Enciendese en cólera por el desprecio, y la martiriza á crueles tormentos. Sufrelos con suma constancia Indegunda, y disimula para que no lo sepa Hermenegildo. Sabelo éste por otra parte, y pretende matar á su madrastra Goicinta: pero Indegunda le suplica con lagrimas que desista. Aplacase Hermenegildo, y se retira con su esposa á Sevilla. Empieza Indegunda á trabajar en su conversion, y lo consigue. Alterase con esta novedad su padre Leovigildo, y arma gente contra él. Viene Hermenegildo á estar con su padre, no queriendo tomar las armas contra él. Recibe el padre con sumo cariño, y despues le pone preso. Enciende la hoguera la infame Goicinta, y no para hasta que le quitan la vida. Testigos, y falsas acusaciones que busca para matarle. Satisface el Santo á ellas, y por ultimo le hacen causa por haberse hecho Católico. Martirio maravilloso que padece. Sabe su muerte Indegunda, y su valor y fortaleza. Muere tambien su hijo Hermenegildo. Queda sola la Santa Princesa, y consigue de Dios que la saque de esta vida. Prodigios que obró Dios con el cuerpo de S. Hermenegildo. Muertes de Leovigildo, Goicinta, y el Verdugo que mató al Santo. Progresos santos del Católico Rey Recaredo.

CERCA del año de quinientos y ochenta y tres, Leovigildo, Principe Arriano, reynaba en
Es-

España; y viendo que la casa de Francia tenia la grandeza sobre todos los Reyes del mundo, procuró su alianza, y alcanzó por muger de su hijo heredero, que se llamaba Hermenegildo, á la hija de Sigiberto, nieta de la heroica y virtuosa Clotilde, que en las Historias se llama la célebre Indegunda, y bien que célebre; pues por esta insigne Señora se convirtió el Rey, y todo su Reyno de España á la Religion Católica. Era una Princesa de las mas bizarras de su tiempo, en quien la beldad, la gracia, y la virtud hacian un admirable concierto, para hacerla gran- gear los corazones de todo el mundo.

Recelabanse muchos de la Francia enviar esta Doncella á España á casarse con un Principe Herege, y ponerla en una Corte toda entonces infecta de heregías, donde no tendria otros objetos sino el error y el vicio. Dividianse no obstante en opiniones, y asi unos decian, que no se debia temer, que tomando un Reyno perdiese la Religion; que ella era de ilustre sangre, en donde no cabia mancha, que antes moriria, que no afrentar su nacimiento: que padeceria todos los tormentos de los Martires antes que dexar la Fé: que habia en España mucho numero de Católicos, cuyas lagrimas enjugaria, y endulzarian sus pesares. Y ultimamente, que seguiria el exemplo de su abuela Clotilde, que habia convertido á su esposo Clodoveo, pues su marido era un Principe joven, quien no estaba tan endurecido, que algun dia no pudiese ella atraerlo á la Fé Católica.

La animosa Doncella fue traída á España, escoltada de la Nobleza de Francia, donde fue recibida con grandisimos aplausos. Salió á recibirla Goicinta, muger de segundas nupcias de Leovigildo, haciendola todo el agasajo que parecia posible, y muy gran-

grandes cariños y cortesias. Con todo eso era ver la noche, y la Aurora en una misma Carroza; porque Goicinta, además de otras desgracias, que tenia en su persona era vizca, y tan fea en el cuerpo, como en el alma, porque era Arriana: mas Indegunda, fuera de las bellas partes que tenia, parecia aquel dia con sus adornos un sol hermoso, que hechizaba á quantos la miraban: y sobre todo, arrastraba los corazones de los Católicos por las muchas virtudes que sabian adornaban á esta amable Princesa.

Hermenegildo su esposo, viendola tan perfecta, conocia que los rayos que salian de sus ojos eran flechas que atravesaban su corazon, y le herian suavemente. Nunca hombre parece quiso á criatura del mundo con amor tan grande, tan honesto, y tan inocente, como este Principe á esta admirable Doncella. Desde el punto que llegó, y la vió, sintió su corazon poseido de una dulce violencia, y le pareció, que esta estrangera Peregrina venia para comunicar con él un amor muy diferente del de la carne, y sangre. La malvada Goicinta entró en zelos de los castos amores de su entenado Hermenegildo con su amada consorte, y envidiosa espiaaba lo que hablaban, celaba sus placeres, y embarazaba tal vez sus designios, mostrandose tan importuna, como si estuviera endemoniada.

Indegunda, aunque amaba entrañablemente á su esposo, no osaba rehusar las caricias de su suegra, ni dar á entender que se enfadaba de la compañía de su sexo, por asistir á un hombre; pero el Principe Hermenegildo se enojaba mucho, y no podia disimular los zelos de su madrastra, diciendo: que se contentase con la autoridad que tenia en el manejo de los negocios, sin entremeterse tanto en su matri-



monio, y quitarle por fuerza su esposa. La malvada Goicinta le daba á entender que la frecuente conversacion, y la amistad que la mostraba, no tiraba á otro fin, sino á convertirle á su Religion, por hacerle despues mas sujeto á su voluntad. Comunicaba asimismo con Indegunda, y la decia con maña este dragon del infierno, que Dios podia ser servido tan bien en una Religion, como en otra. Que la primera ciencia de un Reyno, era seguir la voluntad del Rey. Que ella no habia venido á España para dar la Ley, sino el exemplo de obediencia. Que su marido nunca la podria fielmente amar, mientras tuviese diferente sentir, diferente Ley, y diferentes Sacramentos que él. Que jamás sería ella Reyna de los Pueblos, si no tomaba la Ley de los Pueblos que habia de dominar. En fin, otras cosas la dixo semejantes á estas.

Pero la Católica Princesa, que para este particular no tenia el espiritu blando, y complaciente, la respondió: Que si persistia en aquel discurso, la obligaría á renunciar su compañía, y que no eran menester tantos artificios, porque antes la arrancarían el corazon del pecho, que la Religion del alma. Diciendo esto, se salió de la sala, mostrandola unos ojos graciosamente enojados de una alma bien resuelta. Quedó la infame Reyna muy picada, pero disimuló por entonces, y volvió á importunarla con muchas mayores caricias que antes, atreviendose á proponerla, que se bautizase segun la Secta Arriana, á lo qual la Princesa respondió prudentemente: Que gracias á Dios estaba bien bautizada en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo; y que si el agua del bautismo de los Arrianos la hubiera caido en la cabeza, aunque estimaba tanto sus cabellos, como otra qualquiera muger de su calidad, se los hiciera cortar, y despedazar el pelle-

llejo, que se habia ensuciado con tal execracion. O valerosa Princesa, y que esmalte diste en esta ocasion á tu Católica Fé!

La iniqua Madrastra, y suegra infame al mismo tiempo se apartó de ella muy furiosa, y dixo colerica: Que pues ella no queria ser bautizada á lo Arriano, ella la daria otro bautismo, que la labaria desde la cabeza hasta los pies; y despues rabiosa hizo un hecho muy barbaro, que lo refiere S. Gregorio el Magno, y otros muchos: y es, que despues de haberla agarrado por los cabellos, y arrastrado por la sala, como tambien haber hecho que la azotasen cruelmente hasta correr la sangre con abundancia, este tigre de Satanás mandó á sus infames criadas, que la desnudasen de todo punto, y la atasen con unas cuerdas por debaxo de los brazos, y de esta suerte la metiesen en un estanque, que á la sazón estaba muy frio, por ser la estación de invierno. Fue éste lastimoso espectáculo, y mas al ver á aquella Martir de Jesu-Christo con la paciencia, y fortaleza con que sufría aquellos oprobios.

La diabolica, y tirana Goicinta estaba á la orilla del estanque, asistiendo á este tormento, y mandaba á sus infames criadas, que no la metiesen de golpe en el agua, sino poco á poco, para hacerla padecer mas largo martirio: pero la buena Princesa todo lo llevaba con suma resignacion, gozosa interiormente de padecer por su Redentor Jesu-Christo semejantes crueldades. Cada momento decia á voces aquella malvada Reyna: *Decid que sois Arriana, y os librareis de este tormento:* pero la santa Doncella, que no sentia tanto la muerte, como su desnudez, respondió con animo: *Yo soy Católica, y Católica quiero morir; quitadme la vida en esta confesion, que ni el agua, ni el fuego tendrán nunca tanta fuerza contra mí, que me ha-*
gan

gan desdecir. O Heroína de Jesu-Christo, qué constante, é invencible te muestras en defensa de su santa Fé! Estuvo mucho tiempo en este tormento con una constancia que admiró á esta alma carnicera que la hacia atormentar. Ultimamente, viendo que no podia reducirla, la hizo dexar, y tomando sus vestidos, salió del agua como de un anfiteatro de su glorioso combate.

Hermenegildo, que no sabia cosa de lo que habia pasado, viendola un poco pálida, y macilenta, la preguntó, si la dolia algo el cuerpo, ó tenia el corazon afligido, que mostraba diferente semblante que antes? Pero la prudente Princesa respondió que no era nada, y que no habia cosa de importancia, que fuese digna de que él la supiese. Hermenegildo que conoció bien que disimulaba alguna grande desgracia procuró saber con mucha curiosidad de los que le podian informar, y luego supo el enorme desacato que Goicinta habia hecho á su querida esposa. Esto le atravesó el corazon con un dolor tan sensible, y le encendió tanto en cólera, que si el temor de Dios, y la apacibilidad de su amada Indegunda no le hubiera servido de contrapeso á su pasion, estuvo para hacer pedazos á su madrastra. Pero la buena Princesa, echandose á sus pies, le suplicó con lagrimas lo disimulase todo; cuyos ruegos ablandaron al Principe, y solo se contentó con dexar prontamente la Corte, y retirarse á Sevilla, que su padre le habia dado en alimentos. Este fue un exemplo grande que dió esta Heroína á muchas mugeres, que viendose ofendidas, luego recurren á la venganza, dando parte á sus maridos, de que se originan grandes disturbios, y ruinas de familias. Con esta novedad cautivó mucho mas el corazon de su marido; y viendo que ya no tenia la suegra que la embarazase sus de-

signios, solicitaba fuertemente la conversion de su amado Hermenegildo, diciendole: „Señor, es fuerza confesaros que la honra que tengo de vuestra union no me parece está de todo punto cumplida, mientras que veo entre ambos una muralla, que nos divide, y separa de creencia, y Sacramentos. Pues que nuestra amistad ha llegado á tal punto, que todo le es comun, y une las cosas mas divididas; por qué hemos de dividir nosotros á Dios, que es simplicisimo de su naturaleza? Por qué hemos de hacer dos Religiones y dos Altares, viviendo aora de tal suerte, que no tenemos mas que una mesa, un corazon y un lecho? Verdaderamente, esposo mio, que si yo viera el menor rayo de verdad en la secta que profesais, ó alguna esperanza de salvacion, yo la admitiera por unirme mas á vuestra persona: pero es ciertisimo, que estais mal instruido, y que seguís una fantasma en lugar de la verdad, como que muriendo en este estado, perdeis un alma tan noble, que la quisiera yo comprar por lo que vale el mundo.

„Bien sabeis que esta heregía de Arrianos es una faccion reboltosa, que ha dexado el camino real por ir á campo través. No ignorais que Arrio era un desdichado Clerigo, que dió en una heregía de despecho por no haberle hecho Obispo. Esta fue reprobada, y condenada en un Concilio de trescientos y diez y ocho Obispos, los cuales sabian mas que vos y yo. Yo me arrimo á sus resoluciones, y sigo lo general de la Iglesia. No hay mas fuerte argumento para ello que la sucesion de los Pastores legitimos, la gran conformidad de la Iglesia Universal, la creencia de todos los siglos, y tanta sabiduría, santidad y pu-



„reza que veo de nuestra parte. No soy hija de
 „Profeta, ni me alabo de tener espíritu de Profe-
 „cía; pero bien me atreveré á pronosticar, que el
 „Reyno de España no tendrá muy larga dura-
 „cion, si no vomita la peste del Arrianismo. Plu-
 „guiera á Dios que á costa de mi vida le diese yo
 „mi Religion, que entonces me tuviera yo por
 „Reyna la mas gozosa del mundo.

Hicieronle mucha fuerza estas razones de su esposa á Hermenegildo, y pasó á comunicarlo con su tio San Leandro, que era una fuerte columna de la católica Fé en España. El prudente Prelado dispuso de tal suerte el espíritu del Principe, que con la asistencia de Dios, y la buena solicitud de Indegunda, que removía el Cielo y la tierra por esta conversion, le sacó del error. Animoso él, apenas vió el rayo de la verdad quando lo reconoció, y quiso confesarlo libremente, poniéndose en la frente el Crisma de los Católicos con grande pompa y solemnidad, hasta repartir liberalmente monedas de oro, que él hizo acuñar un poco antes, haciendo gravar en ellas su efigie, con un mote que decia á voces: *Hæreticum hominem devita*, que quiere decir: *Huye del herege*; aludiendo á su padre Leovigildo.

Esta novedad le alteró mucho á éste, y antes de llegar á romper con su hijo, probó por escrito con animo de reducirle. Envióle, pues, esta Carta:
 „Hijo mio, quisiera deciros cara á cara lo que no
 „podré bastantemente expresar por escrito. Por-
 „que si estuvierais cerca de mí, y apartado de los
 „malos consejos de los que abusan de la facilidad
 „de vuestro buen natural, pudiera yo vencer vuestro espíritu como padre, y como Rey. Yo os he
 „„ cria-

„criado desde niño para haceros heredero de mi
„Corona, y despues que teneis edad os he hecho
„tanto bien, que sobrepuja vuestras esperanzas,
„y casi agota mis liberalidades, hasta poneros el
„Cetro en la mano. Todo os lo dí por dar des-
„canso á mi vejez con la esperanza de vuestro pro-
„ceder, y no para afligirla. Y con todo eso, aun-
„que he hecho mas de lo acostumbrado sobre vues-
„tra edad y meritos, me pagais con impiedades,
„é ingraticudes. Aguardad un poco, y la ley de la
„naturaleza os dará lo que buscáis con ambicion,
„y no me alegueis la Religion por justificar vues-
„tras armas, siendo en vos grave delito tomar
„Religion contra mis preceptos, é impiedad en
„vuestra Religion separaros de mi obediencia. Yo
„os aconsejo como amigo, y os mando como pa-
„dre, que vengais quanto antes á mi Corte, y ha-
„gais lo que debeis; porque de no hacerlo, temo
„que implorareis la misericordia quando no tendrá
„lugar sino la justicia.

80 Hermenegildo respondió á su padre: „Señor,
„doy gracias á mi Religion, que me ha dado ya
„harta paciencia para sufrir lo agrio de vuestras
„palabras, y mucho mas la resolucion de no te-
„mer el rigor de vuestras amenazas. Siempre he cla-
„ramente confesado, que os debo inmortales obli-
„gaciones, y estoy presto á reconocerlas hasta el
„ultimo aliento de mi vida; pero no es razon que
„juzgueis por injustas mis obligaciones, y por cri-
„minales mis pensamientos. V. M. me viera muy
„presto á su lado, si la que no quiere sino verme á
„vuestros pies como reo, no hubiera ocupado vues-
„tro corazon, y oidos para cerrar el uno al amor,
„y los otros á la justicia. Qué seguridad puedo te-

„ner

„ner de mi vida en un lugar donde arrastran por
 „los cabellos , azotan y martirizan cruelmente á
 „la que es mi vida? La llaga me ha quedado muy
 „sensible , y el tiempo no la halla lenitivo , ni la ra-
 „zon medio. En quanto á la mudanza de Religion
 „que he hecho , yo he pasado á donde está lo grue-
 „so de la sabiduría y santidad de todo el mundo.
 „No sabré vivir con mas autoridad , ni morir con
 „mas esperanza ; y si me culpais por ello , sepa V.M.
 „que un padre busca la obediencia fuera de los ter-
 „minos de la naturaleza , quando la busca fuera
 „de los de la conciencia. Yo os ruego que añadais
 „á tantas mercedes como me habeis hecho la liber-
 „tad de un honesto reposo , por escusar que nues-
 „tras armas no sean tan ignominiosas al vencedor,
 „como podrán ser perniciosas al vencido.

Enojòse mucho Leovigildo con esta carta , y la infame madrastra Goicinta no cesaba de enconar la llaga todo lo posible. Preparó aquel sus Tropas para dar contra su hijo : éste , por defenderse de su padre , tambien dispuso las suyas. Estaban ya haciendose unos á otros grandes hostilidades , quando la piadosa Indegunda rogó á su marido con lagrimas muy tier- nas , que se reconciliase con su padre. Pasó el Cristianisimo Principe à postrarse delante del Altar , y protestó á la presencia de su Dios , que dexaba toda la justicia de su causa en consideracion de sola la Religion , y que perderia antes la vida , que continuar mas las disensiones en perjuicio de la caridad. Vino , pues , á ver á su querida esposa , y la dixo.

„Señora , ya estoy resuelto á buscar al Rey mi
 „padre , pues lo habeis deseado asi ; pero es me-
 „nester confesaros , que aunque en esta resolu-
 „cion me olvido de mi mismo , no puedo olvidar-
 „ me

„ me de vos. El indigno tratamiento que se os hizo en la Corte, requiere que no bolvais á ella, sino es en triunfo. Nunca daré lugar á que os aventureis á exponeros á la misericordia de una muger que no os puede ver á vos ni á mí. Bien sabeis que las cosas de Francia están aora en tan grande confusion, que no os podeis retirar á ella, sino para renovar vuestros dolores. Tenemos aqui un Principe del Emperador Tiberio, que es nuestro aliado, en cuya proteccion deseo ponerlos, para que paseis á Africa, y de alli á Constantino- pla, por si sucediere que me traten de diferente modo que sienten vuestras esperanzas.

A estas palabras la pobre Indegunda se quedó medio muerta, y se puso á llorar amargamente sin poder responder una palabra. El Principe, viendola de esta suerte, suavizando las razones dixo: „ Mi querida esposa, por qué os pesa tanto de esta division? Yo tengo esperanzas que las cosas tomarán tan dichoso curso, que dentro de dos ó tres dias nos volvamos á ver en la Corte: pero lo que he dicho es tomando todos los accidentes en lo peor, para poder mejor asegurarnos. Tenian ya un hijo pequeño, que aun mamaba, llamado tambien Hermenegildo como su padre; y tomándole éste en brazos, decia: „ Amada mia, veis aí una prenda preciosisima de nuestro matrimonio, que os encomiendo; Dios dispondrá segun su voluntad; pero con todo es necesario criarlo como Rey.

La madre, viendo al niño, redobló sus suspiros, y el pobre Hermenegildo, sin saber lo que le aguardaba, se sintió cogido de un dolor melancolico, y pasmado, que le enmudeció. No obstante, comunicó

con



con el Lugar-Teniente del Emperador, para entregarle las cosas que mas queria; pero quando llegó el dia fatal de la division de estos dos corazones, sintieron tan horribles convulsiones de dolor, como si hubieran previsto los sucesos que hubo despues, y que esta despedida era la ultima: funesta y lastimosa separacion, á no haber engendrado un Reyno á la Religion! En medio de eso, Indegunda dixo á voces al partirse su amado Hermenegildo: Esposo mio, por ningun acontecimiento perdais el tesoro de la Fé. Mas respondió el Católico Principe: Mi buena Señora, id segura de que teneis un discipulo que no os hará afrenta ninguna, y estad contenta que yo os aguardaré en la Corte.

Tambien habia concurrido á la reconciliacion con el padre su amado hermano Recaredo, Principe illustre, que heredó á su Santo hermano el Reyno, y la gran propagacion de la Fé de Jesu-Christo en España. Llegó, en fin, Hermenegildo á la Corte, y echandose á los pies del padre le dixo: „ Señor, y muy amado „ padre mio, aqui teneis á vuestro pobre Hermene- „ gildo, que siempre será vuestro en todo aconteci- „ miento. Los que han armado vuestra clemencia en „ ruina de vuestra sangre, me echaron de vuestra Cor- „ te y Palacio: pero no han podido separarme de „ vuestra amistad. Yo he vivido hasta aqui como un „ pobre vandido. Si mis enemigos no se han harta- „ do el verme padecer, veisme aqui, padre, que rin- „ do mis manos desarmadas al dominio que la natu- „ raleza os ha dado sobre mí, pronto á vivir, y mo- „ rir á vuestros pies.

El Rey se enterneció, y conmovió tanto, que echandose á sus brazos llorando, le dixo: „ Ha, hijo „ mio, que la mala fama os habia pintado diferente

„ de

„ de lo que sois! Yo os prometo que esta confianza
„ que me habeis mostrado, os ha sacado el dia de oy
„ de toda sospecha. Sed bien venido, mi muy amado
„ hijo, y decidme donde habeis dexado á la Prin-
„ cesa vuestra esposa. El Principe respondió que lue-
go vendria á la Corte. Hallóse alli presente Goicinta,
é hizo á su entenado las cortesias posibles, lo
qual le aseguró de tal manera á Hermenegildo, que
se le quitaron todas las desconfianzas que tenia, y
estaba ya para enviar á llamar á Indegunda, para
que viniese á la Corte. Mas con todo eso, un amigo
le dixo al oido, que no era menester darse tanta pri-
sa, pues siempre era de temer una madre muerta, un
viejo enamorado, y una madrastra cautelosa.

Estas palabras se verificaron muy bien; porque
la execrable Goicinta, previendo, que si Hermene-
gildo volvía otra vez á entrar bien adentro del co-
razon del padre, como ya habia apariencias, no
dexaria de vengarse de ella por la afrenta recibida en
la persona de su muger, y que si no lo remediaba con
tiempo, se podrian descubrir sus artificios, y echar
á perder su partido; y asi juntó esta malvada muger
un funesto consejo, en que se resolvió á arruinar á es-
te pobre Principe. Ella fue grangeando hombres infames,
que decian de secreto al Rey Leovigildo todo lo que
les agradaba: ella sobornó testigos falsos: ella fingió
letras, y le formó una grande acusacion, dando á
entender á su marido, que la reconciliacion de su
hijo no era sino un disfráz para conseguir mejor sus
intentos. Que habia jurado la ruina de su padre, y que
se habia hecho tan arrogante, que no queria sufrir
compañero en el Imperio. Que era cosa cierta que
todos los Romanos le querian dar el Cetro. Que
tenia alianzas con el Emperador de Constantinopla,
de

de quien sacó cartas expresas; y para mayor prueba de esta verdad habia enviado á su muger á Africa; para desde alli pasar á Constantinopla, y juntar todas las fuerzas del Imperio, y dar sobre España. Que no habia otro remedio sino atajar quanto antes sus designios, y hacerle conocer lo que puede una mansedumbre menospreciada. O malvada hija de Satanás, y que falsamente acusas la inocencia!

Leovigildo con estos infernales razonamientos salió fuera de sí mas que nunca: hizo prender prontamente á su hijo, y cerrarle en una estrecha prision, y despues de haberle cubierto de un saco, y silicio, le cargaron de tal suerte de cadenas, que estaba doblado en la prision, sin poder levantar la cabeza. Luego al punto conoció que su hora era llegada, y renunciando todos los placeres de la vida, comenzó á prevenirse para la muerte. El Rey acompañado de algunos Jueces, á quienes habia encargado formasen su proceso, le quiso ver; y apenas estuvo en su presencia quando muy alterado de colera, le llamó ingrato, parricida y malvado. El Principe respondió mansamente: *Señor, si yo supiera adivinar, hubiera sabido lo que he hecho, y de lo que soy acusado; pero como no me hallo culpado en nada, moriré callando.* El padre replicó, que su mala conciencia le decia harto, y que bien sabia los designios que tenia sobre el estado, y vida de su padre; y así que hablase claramente si tenia que justificarse sobre los articulos que le examinarían.

Hermenegildo respondió á ellos de suerte, que debian haber quedado convencidos por sus fuertisimas y santas razones; y estando aun respondiendo, el padre, que era de un espiritu terrible, le atajó, y preguntó donde estaba su muger, si la habia enviado

á Africa, para pasar de alli á Constantinopla? El Principe respondió, que habia tomado esta resolucion, no con otro intento, sino de asegurar su persona, por no saber aun en que pararian las cosas, y que el suceso lo habia enseñado, que habia sido mas sabio en el consejo, que dichoso en el suceso, y mucho menos de lo que pensaba. El Rey insistió preguntandole, si se habia confederado con el Emperador Tiberio? Y él respondió, que nunca hizo con él mas alianza, que sacarle algunas tropas para defender su vida; y que al punto que vió puerta para la paz, las despidió con resolucion de no valerse mas de ellas. Hicieronle otras preguntas á que respondió muy á proposito.

Al fin, viendo que no podia convencer á su hijo, tentóle por otro rumbo, y le dixo respondiera claramente á una palabra, sobre que queria formarle todo el proceso, es á saber: *Si era Católico Romano?* El Principe respondió: „ Eso es lo que confieso, padre mio, eso lo que público, y protesto; porque „ en realidad de verdad es un delito que hace desmayar á los Jueces, y reir á los reos, por ser la „ acusacion un voto, que todas las grandes almas quisieran profesar, y la pena una felicidad que los Martires han comprado con toda su sangre. Yo quisiera morir cien veces, si pudiera, por la gloria de „ este bello nombre: y asi es muy poco una boca, „ para confesar las alabanzas de mi Dios. Mandad, „ si quereis, que partan, y despedacen mi cuerpo „ por la confesion de la Fé Católica; y entonces tendré tantas bocas como llagas para alabar à mi Salvador Jesus. Y todas estas heridas serán como puertas de sangre, para abrir el paso á mi alma al lugar donde la aguarda tan buena compañía. El padre dixo entonces: Que él se habia vuelto loco, y que

que nadie aborrecia la vida sino es él, que habia mal usado de ella. El hijo respondió: Que el mal uso habia sido en la heregía en que se habia criado, de lo qual se arrepentia, y mucho.

Luego mandó que le volviesen á la prision, donde se vió tan consolado con las visitas de su Dios, que hallando con harto trabajo medio de enviar una carta á su querida Indegunda, la escribió en esta forma.

„ Mi santa Maestra, de quien he recibido la Fé,
 „ y verdadero conocimiento de Dios, yo os escribo
 „ estos renglones cubierto de un saco, y cargado de
 „ cadenas en lo hondo de una obscura prision, por
 „ la defensa de la Religion que me habeis enseñado.
 „ Si no supiera por experiencia la fuerza invencible
 „ de vuestro corazon, y la resolucion que teneis
 „ de los negocios tocantes al servicio de Dios,
 „ disimulára el participaros el estado en que me hallo,
 „ por no entristeceros con objetos que son sensibles
 „ á la naturaleza. Pero esposa mia muy amada,
 „ vos teneis la frente muy noble para no avergonzaros
 „ de la ignominia del Crucificado, y el valor muy
 „ asentado para no rehusar tener parte en las libreas
 „ del Salvador del mundo, que son los cardenales,
 „ y sangre derramada por su honor.

„ Os aseguro por mi honra, querida mia, que nunca
 „ habia podido pensar quan grande gusto es sufrir lo
 „ que padezco, quando vuestra inocente boca me predicaba
 „ la gloria de los trabajos que habia gloriosamente
 „ pasado vuestro cuerpo en los tormentos de mi
 „ madrastra: pero despues de mi prision he experimentado
 „ consuelos de mi Dios, tan sabrosos, que no pensé
 „ se podian recibir en el mundo otros gustos anticipados
 „ del Parayso. No ignorais vos que mi vida, y mi conversacion,
 „ que

„ que estuvo tanto tiempo en el error, y la vanidad,
„ no merecian estas ventajas: pero vuestras puras
„ manos, que tantas veces habeis levantado á los Al-
„ tares por mi bien, me han alcanzado lo que era
„ mas que mis meritos, y mis esperanzas.

„ El Rey mi padre ha querido oirme, y yo he
„ pleyteado mi causa en medio de las promisiones
„ con tan grande asistencia de la bondad Divina,
„ que me justifiqué de todos los cargos que me ha-
„ cian, y puse la causa en estado que ya no me
„ acusan como á ladron, y homicida, sino como
„ á Católico: grande, y feliz dicha mia! Aguardo,
„ amada mia, la sentencia de muerte por instantes,
„ gozosisimo de dar la vida por Christo mi Re-
„ dentor, y Señor. Creeré sean estas las ultimas
„ letras que recibireis de mi mano. Os suplico, que
„ como en este acto, que acabará mi vida, no pre-
„ tendo hacer cosa indigna de vos, asi por vuestra
„ parte no hagais cosa indigna de mí, menoscaban-
„ do la dicha de mi muerte con lagrimas, que son
„ menos honrosas al estado en que mi Dios me ha
„ puesto. Pongo en las manos de mi Salvador Je-
„ sus á vos, y á nuestro pequeño hijo Hermenegil-
„ do, unica prenda de nuestros castos amores.

„ Criadle, amada mia, á ese mi querido, y des-
„ pues de mi muerte idos á Constantinopla, y al
„ Palacio del Emperador Tiberio, que es un buen
„ Principe, y muy Católico: mi espiritu os enco-
„ miendo, que de mi cuerpo hará mi padre lo que
„ quisiere. Si la mudanza de los tiempos, y de las
„ cosas os volviere otra vez á España, mis cenizas
„ se alegrarán con el olor de vuestras virtudes. Yo
„ confio en Dios que mi muerte no será inutil, an-
„ tes servirá al Reyno de mucho bien. Vos sabeis,

„ quan-

„ quantas veces os oí decir , que quisierais comprar
„ su bien con vuestra sangre. Ya habeis vos emplea-
„ do una parte , à mí me queda hacer lo demás en
„ un Cadahalso , y en qualquiera parte que esteis,
„ tengo por cierto , seré asistido particularmente de
„ vuestras santas oraciones.

La perversa Goicinta no cesaba de atizar al Rey, para que quanto antes quitase la vida á Hermenegildo. Resolvióse en fin á ello Leovigildo; y así aquella noche , que era vispera de Pasqua de Resurreccion , envió un Comisario á la prision con un verdugo , para notificarle que se resolviese , y escogiese , ó la vida ó el Cetro , volviendose á la Religion de los Arrianos , ó la muerte perseverando en la Católica. Hermenegildo respondió: Que él habia ya bastantemente declarado su voluntad sobre estos articulos , y que padeceria antes mil muertes , que apartarse de la Religion que habia abrazado con toda razon y advertencia. El Comisario replicó: El Rey vuestro padre me ha mandado , que en caso de que lo rehuséis , proceda á la execucion de la sentencia que ha fulminado contra vos. Quién? (preguntó Hermenegildo) El os ha condenado por mandato expreso á cortar la cabeza esta noche en la prision misma donde estais.

Entonces el Santo puso las rodillas en tierra , y dixo: „ Dios , y Señor mio , yo os doy inmortales
„ gracias , de que habiendome dado por el medio de
„ mi padre una vida fragil , caduca , y miserable , que
„ me era comun con las moscas , y hormigas , me
„ deis el dia de oy por su sentencia una vida noble,
„ dichosa , y de gloria eterna. Despues levantandose , pidió al Comisario que le hiciese favor de hacer venir allí un Clerigo Católico para que le confesase,

y ayudase á morir. Esto es, respondió el Comisario, lo que expresamente está denegado por el Rey: pero si es menester un Obispo Arriano, vendrá á su gusto. No, no, dixo el Santo, porque yo he detestado, y detesto aun el Arrianismo, hasta morir; y pues mi padre me rehusa una gracia que suele otorgarse á los sentenciados, yo moriré sin tener mas testigos que mi conciencia.

Fue enviado el Obispo Arriano, y apenas Hermenegildo por su platica le conoció, quando santamente le dixo: Apartate de mí, ministro de Satanás, apartate de mí quanto antes, no quieras perturbarme los consuelos que me está enviando el Cielo, dexame morir en paz. Habiendo dicho esto, se volvió á hincar de rodillas, y habiendo hecho la confesion á Dios, rogandò mucho tiempo por su padre, por su madrastra, y todos sus enemigos, nombrando aun en la muerte á su amada Indegunda, á quien confesaba deber obligaciones increíbles, despues de haber encomendado su santa alma á Dios, debaxo del amparo de su santissima Madre la Virgen Maria, tendió la garganta al verdugo, el qual de un golpe de hacha le cortó la cabeza.

Llegaron las nuevas de esta santa muerte, juntamente con la carta, á la virtuosa Indegunda. Las Damas que la asistian comenzaron á dar formidables gritos, llorando la muerte de su Señor; pero la animosa Indegunda, besando la carta de su santo esposo, y abriendola despues con singular reverencia, leyó las ultimas palabras, que casi él bañaba con su sangre, y dixo á voces: Ha corazon generoso, y leal! Vos habeis hecho todo lo que pudiera hacer un hombre de valor: Vos habeis valerosamente peleado: no se puede desear nada en vos, sino es la imi-
ta-

tacion de vuestra constancia. Y volviendo á sus afligidas criadas, las dixo: Hijas mias, no lloreis, que no teneis por qué llorar: oy es el dia que soy Reyna: oy el dia que soy verdadera nieta de mi santa abuela Clotilde, que convirtió á mi abuelo Clodoveo, y que me tengo por la mas triunfante muger del mundo, pues tengo un marido Martir en el Cielo. Dadme rosas, y flores de Lis para que corone su imagen, y honre por lo menos con estas señales un alma que nos ha dexado tan suaves olores de sus virtudes.

Tenia junto á sí al pequeño Hermenegildo, que se estaba el tierno Infante muriendo: ya no queria mamar la delicada prenda, estando en las ultimas agonías de su vida, y la amorosa madre mirandole le dixo: Id, hijo mio, y seguid á vuestro padre: Dios os ha hecho un favor desde la cuna, que no hace á todos los niños, que es andar desterrado por la Fé, y tener parte en el martirio del que os engendró. Id, hijo mio, á regocijaros con los otros Infantes delante del Altar del Cordero, que vuestra madre no tardará mucho en seguiros. El niño murió luego, y la buena Princesa, habiendo combatido mucho tiempo contra los sentimientos de la naturaleza, sintió de golpe unos grandisimos suspiros, y congoxas con un copioso raudal de lagrimas, que salian de sus ojos contra su voluntad, y entonces dulcemente dixo: Ha lagrimas mias! No os puede estar bien llorar por un Martir. Dios mio, esto es hecho: el padre, y el hijo ya están allá, no falta mas que el que vaya la madre. Dos partes del mundo, que son Europa, y Africa, he llenado de mis miserias; si quereis que pase tambien la Asia, cumplase vuestra santisima voluntad: pero no soy mas que una inutil carga de la tierra. Qué hago aqui ya? Yo he pasado

do los trabajos que me habeis enviado: yo he gastado todas las esperanzas del mundo; qué aguardais, Dios mio, que no me llevais el alma que ya tengo en los labios? Oyóla Dios; porque dentro de pocos dias, consumida de amor, de trabajos, y deseos, despues de una disposicion muy exemplar, entregó su alma pura á su Criador, á quien tanto habia amado, y padecido por su honor, siendo honorificamente sepultada en Africa, sin pasar á la Asia.

Quedó el cuerpo del Santo Martir Hermenegildo en la prision, y quiso el Cielo que se hiciesen honras celestiales; y asi dice su sagrado Cronista San Gregorio el Magno, que baxó la Angelica Capilla á hacer el entierro, ya que el padre cruel no le hizo, oyendose en la Torre de su prision celestiales voces, que en dulces melodías rompieron de la noche los silencios. Fragrantes luces acompañaron el Túmulo, y á la hora misma, por muchas noches continuas, aparecian lamparas resplandecientes, para dar indicios ser cuerpo santo el que alli yacía. Con estas señales prodigiosas se convocaron los animos Católicos á tener en reverencia á su Rey Martir.

Su mismo padre, que arrepentido de lo hecho, pasó en tristezas lo que le restó de vida, á vista de los prodigios, conoció por verdadera la Religion Católica: pero temiendo á su gente no se atrevió á declararse: lo que hizo fue volver del destierro á San Leandro, su cuñado, y tio del santo Martir, á quien habia desterrado por defensor de la Fé, y pedirle con ruegos, que al modo que á Hermenegildo su sobrino, instruyese en la Religion Católica al Principe Recaredo, su segundo hijo, y sobrino tambien del Santo, hijos entrambos de su santa, y primera muger. Este Católico Principe Recaredo, siguiendo
las

las pisadas de su santo hermano, y no los ritos de su padre, vino á ser el mas Christianisimo Rey que conocieron los Godos, cuchillo de todos los Arrianos, asombro de los Hereges, debiendose todo al Santo Hermenegildo; pues desde entonces ha permanecido toda nuestra España firme, y constante en la Fé de Jesu-Christo.

Tuvieron la malvada madrastra, y todos sus sequaces desastradas muertes, y el perverso Verdugo que quitó la vida al Santo Martir no fue menos. Este infame hombre, sin considerar que era su Rey á quien iba á matar, llegó intrepido á la carcel, y sin turbacion, al ver que era un Principe inocente, con animo cruel le dió la muerte; pues hay quien diga que con una hacha le abrió la cabeza en dos pedazos, y Recaredo, horrorizado del hecho, mandó que fuese ajusticiado en Toledo con muerte infame, raida primero la cabeza, sacados los ojos, y puesto al revés encima de un jumento para llevarle al suplicio.

F I N.

Reimprimase.
Dr. Adell, Vic. Gen.

Reimprimase.
Eulate, Regente.

Se hallará en Valencia en la Imprenta de Agustin Laborda, vive en la calle de la Bolsería; en donde se hallarán otras diferentes.

